

# **SABER, PATERNIDAD E INCONSCIENTE**

HÉCTOR GALLO

Estos tres conceptos son relacionados por Lacan a partir de una articulación entre el discurso del amo antiguo y el discurso del amo moderno. El punto de partida del análisis aquí propuesto, del cual se espera extraer consecuencias con relación al lugar del padre en la familia contemporánea y a la distinción entre el aprendizaje del yo y el saber del inconsciente, es el discurso del amo antiguo.

El discurso del amo antiguo es abordado por Lacan a partir del discurso filosófico, donde las referencias paradigmáticas son Hegel, Platón y Aristóteles. El subraya que el amo es ante todo una función íntimamente relacionada con la esclavitud. Amo y esclavo no corresponden a personas sino a funciones que constituyen una cadena significativa que les da sentido en el plano discursivo. En la antigüedad el esclavo no definía simplemente una clase social poseedora de una fuerza de trabajo, sino que era una función inscrita en la familia y el Estado. Para el estado el saber hacer que poseía el esclavo era tan importante que, a juicio de Lacan, le era sustraído por la función del amo.

En las dos primeras lecciones del “Reverso del Psicoanálisis”, Lacan da las razones lógicas de su formulación del discurso del amo y convierte de inmediato la noción de saber en algo complicado de entender, porque da las bases para distinguirla del conocimiento y el aprendizaje.

En el discurso del amo se presenta el saber del esclavo en posición de  $S_2$ , a la derecha del esquema, se trata de un saber hacer relacionado con el trabajo, que se distingue del saber instintivo porque es atravesado por el lenguaje articulado. Este saber hacer de esclavo es bastante cercano a lo que hoy se denomina aprendizaje, en donde lo primordial es el desarrollo de habilidades que permitan triunfar en el plano escolar, social y productivo.

El esclavo no es una figura lacaniana sino Hegeliana. Dice Laurent (1992) que esa figura desempeña un papel discutido entre Hegelianos y es a partir de esta dialéctica que Lacan se introduce en Hegel siguiendo las enseñanzas de Kojève.

Laurent comenta que fue Kojève quien aisló como llave de entrada al pensamiento Hegeliano esa dialéctica de amo y esclavo, pero Lacan rescata en la definición de esta dialéctica una idea esencial, a saber: que siendo el amo quien ha enfrentado la muerte –el amo absoluto-, deja al esclavo el trabajo, el saber hacer. El esclavo trabajará esperando que el amo muera para encontrar su libertad, pero dado que cuando ello suceda le tocará enfrentar la muerte, comprenderá retroactivamente que sin cambiar de posición, sin desplazarse de su condición, le resultará imposible enfrentarse a aquella. Por eso la verdad de la posición de amo, según Hegel, consiste en que el esclavo, valiéndose de su trabajo, llegará a ocupar, algún día, el lugar de amo.

Esta idea Hegeliana será tomada por Lacan como punto de partida de su reflexión, pero la posición de amo en el seminario 17 es discutida fundamentalmente a partir del saber y el goce. La pregunta que Lacan se plantea

para intentar despejar lo que sucede con la posición de amo en el transcurso de la historia es formulada como sigue: ¿en qué momento comenzó el amo a querer saber, es decir, a querer trabajar como si fuera un esclavo?

Para Lacan existe un punto en común entre el mundo de la antigüedad y nuestro mundo contemporáneo, consiste en que el esclavo forma parte de la familia. Aristóteles (1993) dice:

Las partes primeras y mínimas de una casa son el señor y el esclavo, el marido y la esposa y el padre y los hijos; hay que investigar respecto de estas tres relaciones qué es cada una de ellas y cómo deben ser. (p.45)

Para efectos de la comparación que interesa, lo importante no es investigar qué es cada una de estas relaciones como lo propone Aristóteles, sino la analogía que puede establecerse entre el esclavo trabajador que hacía parte de la familia del mundo griego y el padre moderno, el buen padre del Edipo freudiano. El estatuto del padre, que Freud interrogó durante toda su vida, se refiere a que él siempre intentó salvar una figura trágica, una función atravesada por un elemento épico, en lugar de la verdadera ironía de la historia anotada por Hegel y que Lacan formula como inconsistencia frente al goce. Freud quería un padre, aunque trágico, dueño del deseo y del saber, pero Lacan muestra que esa figura reguladora a condición de pasar por la muerte, pierde su esplendor cuando se la examina en función del goce, pues ahí aparece separada del saber y de las respuestas adecuadas para mantener el vínculo social a salvo de las enfermedades.

En el nuevo estatuto que tiene el buen padre, el de ser parte esencial de la familia, debe trabajar por todo el grupo. No se deja de reconocer el cambio en la actualidad familiar de nuestra época, porque ahora las mujeres trabajan, bien sea para contribuir a la economía del grupo, porque han sido abandonadas, son madres solteras, se han separado, tienen un compañero irresponsable, o porque les gusta trabajar para ser más independientes y ejercer un poder. Esta nueva postura de la mujer, efecto de las ganancias del movimiento feminista, desplaza en la contemporaneidad a la figura del padre del lugar de esclavo de la familia, hecho que produce una redistribución de los lugares, que los investigadores de la familia no deberían perder de vista.

Aunque la mujer de hoy se apasione por trabajar y dominar, queda todavía un lugar para el buen padre en la familia, para el hombre que sostiene como proyecto vital responder con el deseo, con lo necesario y con el saber indispensable para mantener los vínculos por el buen cause; dicho lugar no será otro que el de esclavo. El padre debe ofrecer rendimientos óptimos en el terreno de las cosas prácticas, es el esclavo que manda a partir del lugar que le reporta el saber hacer que le permite convertirse en proveedor del grupo.

Desde este punto de vista, la figura de padre que le conviene a la familia moderna no es la figura de un pensador, la de un filósofo preocupado menos en trabajar por su familia que en trabajar por hacer transmisible un saber articulado, sino la de alguien que tenga habilidades y que las ponga al servicio del conjunto del cual él se constituye en su cabeza visible. Un pensador de muy poco le sirve a una mujer moderna que se coloque como supuesto saber de lo que deber ser un padre en la actualidad, pues lo que se espera de un buen padre es que no sólo

sea esclavo de su familia sino que dependa enteramente de ella. Una mujer que no ha decidido renunciar a tener hijos con un hombre al que le supone ser un buen padre, es de esperar que se constituya en un ser intransigente si ese hombre pretende interesarse más de la cuenta en un saber que no reporte utilidad a la familia.

Es común que las mujeres apoyen incondicionalmente en su pareja el saber hacer de esclavo, pero no el saber de la episteme, pues les encanta un hombre práctico, un ser hábil con sus manos, que pueda arreglar todo lo que no funciona en la casa, que gane terreno en lo doméstico y que en el tiempo libre, pero solamente en ese tiempo, se vuelva sensible, escriba poesía, medite, lea, piense, proponga conversaciones interesantes, pero que rápidamente se dedique de nuevo a sus asuntos de padre, es decir, a poner su saber hacer en función de la familia.

La hipótesis que puede dejarse planteada, es que a ninguna mujer que pretenda tener un padre en la familia que conforme, le interesa amar a un hombre que ha elegido como prioridad en su existencia, evitar trabajar en la perspectiva de un saber hacer de esclavo. Un hombre cuya relación al saber no se defina por el aprendizaje de habilidades, sino por la puesta en forma de los conceptos para su transmisión, difícilmente llegará a ser un buen padre en el sentido del edipo freudiano. Las mujeres seguramente han de admirarlo como amigo, buen conversador y hasta maestro, pero de ninguna manera creerán que de ahí pueda surgir un buen padre en el sentido de la esclavitud que en ese lugar le corresponde asumir, pues entre el padre y la familia no debe existir una relación forzada o por convención, sino “un interés común y una amistad recíproca”, como

diría Aristóteles ha de suceder entre el esclavo y el señor. Aparte de la instrumentalidad y servicio a la familia, ¿se espera del padre que posea otras virtudes más valiosas que éstas? Habrá que discutirlo con las mujeres de esta época, porque a este nivel las opiniones serán diversas y contradictorias.

Tomada la relación al saber por fuera del buen uso de las técnicas de enseñanza, dirección, formación de buenos profesionales, excelentes personas e hijos virtuosos, es decir, como una exigencia epistemológica de elaboración constante de pensamiento, dicha relación al saber se ha de constituir, aunque sean innegables sus aportes a la civilización, en un elemento negativo para la realización de un ideal de armonía en la relación maestro-alumno y para la composición de una familia con un padre que responda al llamado de su grupo desde el lugar del esclavo.

No se entienda que existe una casta de hombres capaces de fundarse como sujetos en “la perspectiva de un saber totalmente transparente en sí mismo”, de un saber que se sabe, pero si es menester tener en cuenta que hay hombres que hacen del saber el fundamento de la pasión de su ignorancia y esto gracias a lo que define la función de la episteme.

La función de la episteme consiste en encontrar la manera de lograr que el saber deje de reducirse al aprendizaje, al saber de esclavo, para que se convierta en saber de amo. La episteme realiza la operación artesanal conducente a poner el saber en buena posición, a colocarlo en un lugar creíble, de tal manera que pueda extraerse de él su esencia, es decir, su dimensión transmisible.

El saber no se convierte en transmisible más que en la medida en que deja de ser de esclavo, pues el esclavo sabe, pero su función respecto a dicho saber

no es reconocida sino arrebatada. Cuando el esclavo es ubicado por el filósofo en el lugar de sujeto capacitado para dar respuestas, es bajo la forma de la irrisión y la mofa.

Mostrar que el esclavo sabe es la parte seria del filósofo, pero al reconocerlo únicamente, como dice Lacan, “con esa argucia de la irrisión”, oculta la verdadera función histórica de la filosofía: la de arrebatarse al esclavo su lugar respecto del saber, convirtiendo a éste en saber de amo. El saber de la episteme es radicalmente distinto al saber hacer, el primero es transmitido como saber de amo, el segundo es aprendido como saber de esclavo, es decir, para capacitarse con el objetivo de responder a los imperativos de la producción.

### **Del sujeto del inconsciente al saber que no se aprende**

Si la filosofía ha tenido como función histórica sacarle al esclavo el saber de su bolsillo, habrá que preguntarse si lo que surge en la modernidad para dominarnos, en forma de ciencia, es en consecuencia el fruto de esa operación traidora que realiza la filosofía. La respuesta de Lacan es negativa, sostiene que la ciencia no surgió del robo al esclavo de su saber hacer, sino, al contrario, de un acto de renuncia a esa operación infame que realiza el filósofo antiguo.

A juicio de Lacan la ciencia solo nació con Descartes, quien fue el primero en extraer “la función del sujeto de la relación estricta de  $S_1$  con  $S_2, \dots$ ” (Lacan, 1992, p. 21). Esto implica reconocer que un enunciado, cualquiera que sea, no se sostiene en su función posible más que en su articulación significante y es esto lo

que Lacan reconoce en Descartes cuando extracta la función del sujeto de la articulación del pensamiento con la existencia.

El movimiento de renuncia al saber robado al esclavo, marca un viraje en la empresa filosófica. De una empresa erudita en beneficio del amo, donde a pesar de conocer “todos los recursos, todas las dicotomías, la episteme sólo alcanza un saber teórico, se pasa con Descartes al planteamiento de un sujeto que existe porque piensa y no porque sabe hacer”. Ya no se trata solamente de una sabiduría fundada en un saber de amo circunscrita a la teoría, sino también de plantearse la obligación de justificar la existencia por el pensamiento. Hasta Descartes esta cuestión de gran actualidad en la modernidad, no era necesario planteársela porque el hombre encontraba la garantía de su existencia por fuera de su pensamiento, concretamente en una divinidad externa al sujeto.

Con Descartes, en consecuencia, asistimos a un reinicio de la empresa filosófica y Lacan promete empeñarse en demostrarlo, indicando que pueden tomarse dos puntos de partida del movimiento moderno de dicha empresa:

- a) El examen de lo que puede significar el saber absoluto de Hegel, colocado en el otro extremo del saber raptado al esclavo, como un saber que sabe lo que sabe, es decir, un saber que se cierra sobre si mismo, que no es relativo a otra cosa.
- b) El examen del “discurso de la histérica”, puesto en íntima relación con el saber y por lo tanto con la ciencia.



Lo que a juicio de Lacan conduce al saber no es un deseo constitutivo del amo, sino el discurso histérico, afirmación que apuntala en la siguiente premisa: lo que desea un verdadero amo no es saber sino que la cosa marche.

¿Para qué habría de querer saber un amo? Sólo es preciso, dice Aristóteles en *La política*, “que el amo sepa dar las órdenes de lo que el esclavo ha de saber hacer” (p.52). Es un hecho que el amo sabe, sabe servirse de los esclavos, por eso lo que testimonia la filosofía es que no sabe porque lo desee, sino por apropiación. El amo lo que hace es producir una operación de desplazamiento desde el esclavo hasta él.

Esta transmutación del saber se hace históricamente efectiva en el paso del discurso del amo antiguo hasta el del amo moderno, llamado capitalista. El fundamento de la explotación capitalista está determinado por la transformación del saber del proletario en algo inútil. Así es como se lo reduce a la condición de desposeído, término que se convierte tanto en el pivote de la empresa como del éxito de la revolución.

Lacan se pregunta si el proletario reconquista la parte que le corresponde mediante una revolución, y a pesar de vivirse una época en la cual el discurso de la revolución proletaria se encuentra en plena vigencia, responde de manera contundente: ninguna revolución restituye al expropiado lo que le pertenece. Lo que el expropiado recibe a cambio se traduce en mejores condiciones de vida, pero no recibe su saber, sino un saber de amo. La consecuencia histórica de este engaño es que al paso de las revoluciones el proletario “no ha hecho más que cambiar de amo”. Lo que queda en consecuencia de toda revolución, es lo que Lacan denomina la esencia del amo en sus distintas formas de existir en la

modernidad, a saber, que no tiene la menor idea de lo que quiere. Llegamos así al punto en donde el planteamiento lacaniano se distingue del Hegeliano. Mientras para el primero el lugar de amo se funda de un no saber respecto al deseo que permite la existencia del esclavo, para el segundo el lugar de amo está supeditado a la prueba de la muerte. Si en esta ocasión, dice Lacan (1992) Hegel se refiere a la muerte como significante del amo absoluto, habrá que leerlo como un “signo de que con este pseudo-origen no se resuelve nada.” (p. 30)

Lacan ha indicado desde el principio del Seminario 17 el camino del saber y no el de la muerte para descifrar el enigma de la función histórica del amo, dejando abierta la pregunta acerca de cómo llegó el filósofo a inspirar el deseo de saber en el amo si éste para nada lo necesitaba. En la estructura del discurso del amo lo que caracteriza al esclavo es que “sabe muchas cosas”, esto lo convierte en indispensable porque es capaz de satisfacer al amo, incluso antes de que este sepa lo que quiere. Queda claro que Lacan caracteriza al amo con una ausencia de saber sobre su deseo y al esclavo con un saber que se localiza en el orden práctico y no en el registro epistemológico.

¿En dónde se apoya lo que un sujeto llega a saber en el orden del hacer, dicho de otra manera, en dónde se localiza el aprendizaje?

Lo que une a un significante con otro significante en una relación de razón, es algo del saber, no del conocimiento ni de la representación. Lo que se sabe se apoya normalmente en una relación de razón, ahí se articula lo que en la cotidianidad consideramos es el yo, un pequeño amo que por el hecho de aprender se lo considera portador de un montante de saber.

Pero Lacan no da al yo el estatuto de ser una instancia de saber por más que sea en ella donde el discurso del amo localiza el aprendizaje, pues considera que para alcanzar un saber es menester contar no solamente con el presupuesto de la percepción, sino que además se incluya la dimensión de la verdad.

La base del saber hacer del yo es un saber que no se sabe, un saber que precisamente es algo que irrumpe en los lapsus y tropiezos en los que se revela el inconsciente como perturbador de la armonía del aprendizaje. ¿Qué estatuto da el psicoanálisis al aprendizaje entendido como saber propio del yo?

Cuando leemos una biografía en calidad de psicoanalistas, nos parecen importantes los documentos que testimonien sobre lo que una vida cree, de esta manera se da cuenta del destino que esa vida cree haber tenido y se ubica incluso, paso a paso, de qué manera el personaje cree haber conducido y concluido su vida.

El saber que estos documentos le aportan al psicoanalista y que perfectamente puede almacenarse en el yo, no han de impedirle sin embargo leer, gracias a su experiencia analítica, “en qué plano del saber inconsciente se ha producido el trabajo que da como resultado lo que constituye efectivamente la verdad de todo lo que se ha creído ser.” (Lacan, 1992, p. 30)

Por un lado tenemos el saber que la documentación le aporta al yo para permitirle leer y testimoniar lo que una vida fue y por otro tenemos el saber del inconsciente, que ya no es un medio para..., sino un plano en donde se produce un trabajo. El saber del yo es el resultado de un aprendizaje que resulta posible cuando se cuenta con el presupuesto de la articulación de  $S_1$  con  $S_2$ ; el saber del inconsciente define un trabajo del que resulta una verdad, que pone en suspenso

lo aprendido. Es a partir de esta verdad y no de lo aprendido, que un analizante puede llegar a construir el testimonio biográfico de su vida. Cuando pretende, por ejemplo, sintetizarlo en el transcurso de su propio análisis o formularlo en el dispositivo del pase.

Operando sobre el esquema del discurso del amo antiguo, el trabajo esclavo es aquel que de forma invisible “constituye un inconsciente no revelado, la clave de si merece la pena hablar de esa vida”. (Lacan, 1993, p. 30) El inconsciente entendido como un trabajador decidido en la perspectiva de un saber no revelado al yo, desmonta una idea que no necesitó esperar al psicoanálisis para ser puesta en cuestión.

La esperanza de que el saber, así sea como una esperanza en el futuro, llegue a “constituir una totalidad cerrada”, es una idea que los escépticos ya habían puesto en duda, radicalizando como emblema de su escuela una puesta en cuestión de todo saber. Pero la incidencia de esta escuela tuvo, dice Lacan, muy poco alcance en tal perspectiva, pues no impidió a los predicadores políticos fundar su condición de amos en “la imaginaria del todo”.

La ilusión de unidad proporcionada por el cuerpo en base a la buena forma de la satisfacción, sirve de soporte imaginario a la aspiración de que el saber puede llegar a constituir una totalidad cerrada. Lacan dice que esta aspiración es un obstáculo, un punto de encallamiento, un engorro contra el cual debe lucharse en el trabajo analítico, donde lo que se busca es una “puesta a la luz del día por la vía del inconsciente” y no un saber total.

El psicoanálisis no está, sin embargo, a salvo de la incidencia que tiene el estrecho vínculo del sentimiento de satisfacción con esa idea imaginaria del todo

que cabalga en la modernidad. Ni siquiera una doctrina tan revolucionaria como la marxista, que se articuló en función de la lucha de clases y de una denuncia de la opresión del rico sobre el pobre, pudo impedir que en su seno se originara algo que por el momento a todos se nos presenta como un problema, a saber, “el mantenimiento de un discurso del amo”.

El discurso del amo actual ya no tiene la misma estructura que el del amo antiguo, se constituye como discurso universitario y en este la dominación no tiene por característica saber de todo, sino ser todo saber. Mientras el amo político se sostiene de un saber total, el amo universitario apuesta por un todo saber. La burocracia universitaria “se sostiene en el hecho de que no es nada más que saber”, constituyéndose en una nueva tiranía donde lo que se pretende esclarecer a nivel de la verdad queda todavía más opacado.

Al amo antiguo le apasionaba saber de todo y toleraba muy mal cuando era sorprendido en falta a este nivel, al amo universitario lo que le apasiona es *ser* aunque no sepa de todo. El hecho de ser ya le supone un saber, en cuanto al amo antiguo, dado que no le apasiona ser, puede sostener que nada sabe y esta posición de ignorancia es la que le permite finalmente mostrar que puede hablar con cierta propiedad de todo, porque le basta con recordar. Esto marca una gran diferencia entre la escuela antigua y la universidad moderna, allá se trataba de saber de todo sin pretender ser un especialista, aquí en cambio se trata de un todo saber que garantice el ser. Esta postura paradójicamente en lugar de esclarecer la verdad, la convierte todavía en algo más opaco, más inasible. Sobre este ocultamiento de la verdad se edifica la nueva tiranía del saber en el discurso universitario, discurso que predomina en el capitalismo.

Cuando el todo saber ha pasado al lugar dominante, el signo de la verdad no aparece en el lugar del amo como se esperaba con el ingreso de la universidad, sino en otra parte. El signo de la verdad debe ser producido por la sociedad de consumo, lo que se llama el material humano, que en la modernidad y como efecto asesino de la ciencia, se convierte en un producto tan consumible como los otros productos que genera el capitalismo.

Ubicada en el lugar del producto hacia el que se dirige el significante amo del saber, la sociedad de consumo quedará como aquello que viene a sustituir en el capitalismo al esclavo antiguo. Es en la sociedad de consumo y propiamente en la lucha de clases, en donde hay que ubicar el signo de la verdad del capitalismo en su movimiento histórico. El material del capitalismo, el proletario, es portador de un saber que no sabe que tiene y que el amo capitalista expropia como antes lo hacía el amo antiguo con el esclavo para someterlo.

Se deduce que el proletario, en tanto material humano que hace parte de la sociedad de consumo, es un desposeído como en la antigüedad lo fue también el esclavo. Su desposesión no se relaciona en rigor con una falta de igualdad de oportunidades, pues aunque esto sea evidente en el capitalismo moderno, lo que Lacan privilegia es la explotación inaugurada por el hecho de convertir el saber del proletario en algo inútil, en algo mal remunerado porque no es reconocido en su valor.

El amo capitalista frustra al proletario de su saber y lo engaña dándole en su lugar otra cosa, un saber de amo, esto es, un saber que en tanto vela la verdad lo destina no sólo a servir sino también a sentirse orgulloso de hacerlo, a creer que

es alguien útil a la sociedad porque su trabajo – esclavo es constituyente de su ser, algo que lo dignifica.

Mientras el proletario se conduzca como el buen esclavo antiguo, como un ciudadano con capacidad de subordinarse a las cosas prácticas y de saber lo que quiere el señor, aunque este no lo sepa, la cosa funciona porque el trabajo se mantiene como síntoma, es decir, como una forma de anudamiento equivalente a los demás que sirven al vínculo social.

Sea como sea, dice Lacan que “todo esto ha funcionado durante bastante tiempo”, pero no precisamente por las virtudes del capitalismo en lo tocante a la justicia, a la distribución equitativa de los bienes, a la preferencia por las personas sobre la adquisición de objetos y el enriquecimiento, a la regulación de las relaciones entre los hombres, sino porque en ese sistema la verdad del deseo es cubierta cada vez con un velo mayor. En el capitalismo el saber está al servicio de oscurecer la verdad de sí mismo, de debilitar el deseo en función del rendimiento.

En definitiva, lo que el amo capitalista quiere nada tiene que ver con su verdad más íntima, él quiere aquello que la sociedad de consumo determine, esto hace inseparables a ambos elementos y revela una vez más la esencia del amo. La esencia del amo antiguo consiste en querer lo que del esclavo puede satisfacerlo, punto en el que no se distingue del amo capitalista porque éste, guardadas las particularidades de cada relación, lo único que quiere es lo que de la sociedad de consumo lo satisfaga. La esencia del amo, sea el antiguo o el moderno, es no saber que es un esclavo de aquello que imagina podría satisfacerlo, de ahí que ni siquiera él, por más que quiera poseerlo todo en el plano de la comodidad, ha podido ser feliz en ninguna época. Separado de su

deseo, el amo moderno, si quiere ponerse a la altura de las exigencias de lo múltiple, tendrá que vivir engañado en el deber y darle curso a la particularidad por la vía de su corrupción.



**Referencias:**

Aristóteles (1993). *La Política*. Buenos Aires: Altaya.

Lacan, J. (1992). *El Seminario. Libro 17: El reverso del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Laurent, E. (1992). *Lacan y los discursos*. Buenos Aires: Manantial.